

# Sobre ciencia, sabiduría y poder

María Ángeles  
Durán Heras

---

DISCURSO DE INVESTIDURA  
DOCTORA *HONORIS CAUSA*

Universidad de La Rioja  
24 de octubre de 2019



UNIVERSIDAD  
DE LA RIOJA



# Sobre ciencia, sabiduría y poder



**María Ángeles Durán Heras**

# Sobre ciencia, sabiduría y poder

Discurso de investidura como Doctora *Honoris Causa*  
por la Universidad de La Rioja

Ceremonia celebrada el 24 de octubre de 2019

Universidad de La Rioja

DURÁN, María Ángeles

Sobre ciencia, sabiduría y poder : discurso de investidura como Doctora “Honoris Causa”  
por la Universidad de La Rioja : ceremonia celebrada el 24 de octubre de 2019 /  
María Ángeles Durán. -- Logroño : Universidad de La Rioja, 2019.

63 p. ; 24 cm.

1. Ciencia. I. Universidad de La Rioja. II. Título.

001

© 2019

M.<sup>a</sup> Ángeles Durán Heras

Universidad de La Rioja

Depósito legal: LR 1500-2019

Diseño de colección: Servicio de Relaciones Institucionales y Comunicación de la UR

Esta obra, publicada por la Universidad de La Rioja, se difunde bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Unported. Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden solicitarse a los titulares del copyright.



# Índice

<i>Curriculum vitae</i> de María Ángeles Durán Heras	9
<i>Laudatio</i> . Olaya Fernández Guerrero	13
Sobre ciencia, sabiduría y poder	21
1. <i>Tarea me dais</i> , Rector	21
2. <i>Lectio</i> o <i>discurso</i> . La palabra hablada y escrita	24
3. Biografías individuales y colectivas	32
4. La ceremonia del juramento	37
5. La ciencia que queremos	46
6. Creación y producción científica	50
7. Sobre el poder en la ciencia; de la conquista del tiempo para sí al vasallaje de las citas	53
8. Despedida. Un silencioso clamor para la renovación de la ciencia	60
Bibliografía	61



# Curriculum vitae

## María Ángeles Durán Heras

Doctora en Ciencias Políticas y Económicas (especialidad Ciencias Políticas), ha sido catedrática de Sociología en varias universidades españolas y directora del Departamento de Análisis Socioeconómico en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ha realizado estancias de investigación en el Institute for Social Research (University of Michigan), Colegio de España en París, European Institute of Florence, University of Washington (Seattle), University of Cambridge, Pontificia Universidade Católica de Rio de Janeiro (Brasil), y Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Colabora con numerosas organizaciones internacionales, entre ellas UNESCO, Organización Mundial de la Salud, OIT, Comisión Económica para América Latina, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, UNFPA y ONU Mujeres, así como con fundaciones públicas y privadas.

Ha recibido el Doctorado *Honoris Causa* por las Universidades de Valencia, Autónoma de Madrid y Granada al que se suma el de la Universidad de La Rioja. En 2002 obtuvo el Premio Nacional de Investigación para las Ciencias Sociales, Económicas y Jurídicas *Pascual Madoz*, y en 2018 el Premio Nacional en Sociología y Ciencia Política. En 2017 fue elegida colegiada de honor del Colegio de Arquitectos de Madrid.

Es autora de más de doscientas publicaciones sobre trabajo no remunerado, uso del tiempo, salud, mujer, desigualdad y urbanismo. Entre ellas, los libros *La ciudad compartida*, *Los costes invisibles de la enfermedad*, *Si Aristóteles levantara la cabeza*, *El trabajo no remunerado en la economía global* y *La riqueza invisible del cuidado*. A buena parte de su obra reciente puede accederse libremente a través de la web Digital CSIC.

Por la repercusión social de sus obras ha recibido el Premio Juana Azurduy (Senado de la República Argentina), el Premio Clara Campoamor (Ayuntamiento de Madrid), el Premio Protagonistas (otorgado por los medios de comunicación), el Premio Mensajeros de la Paz, y el Premio Salud y Sociedad.





# *Laudatio*

**Dra. Dña. Olaya Fernández Guerrero**  
**Profesora de Filosofía de la Universidad de La Rioja**  
**Universidad de La Rioja**  
**24 de octubre de 2019**

Rector Magnífico,  
Excelentísima Presidenta de la Comunidad Autónoma de La Rioja,  
Señoras y Señores Doctores,  
Estimados miembros de la comunidad universitaria,  
Señoras y Señores,

Hoy es un día muy feliz para mí, y espero que lo sea igualmente para todas las personas que nos acompañan en este solemne acto académico. La Universidad de La Rioja se viste de largo para recibir y homenajear a M.<sup>a</sup> Ángeles Durán Heras, una figura muy relevante en el panorama intelectual de nuestro país, pero cuya fama trasciende nuestras fronteras, ya que su magisterio se extiende por Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Brasil, Argentina, Francia o México.

Nacida en Madrid hace algunas décadas y formada en Ciencias Políticas y Económicas, durante su dilatada vida laboral ha ejercido como profesora

de la Universidad Complutense y de la Autónoma de Madrid, de la Universidad de Zaragoza, del C.E.U. y del CSIC. Pionera en muchos ámbitos, Ángeles Durán ha sido la primera mujer catedrática de Sociología que ha habido en nuestro país y también, la primera mujer galardonada con el Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política, que le fue otorgado en 2018. Además, hoy se convertirá en la primera Doctora *Honoris Causa* de nuestro claustro universitario.

El título de su tesis doctoral, *El trabajo de la mujer*, que defendió allá por el año 1971, bien podría servir como eslogan para resumir la biografía de esta gran docente e investigadora. En su faceta de ‘mujer trabajadora’, Ángeles Durán destaca por su intensa actividad académica en el campo de la sociología, su ingente producción científica -con más de doscientos cincuenta textos publicados, entre los que se incluyen varias monografías-, y su compromiso con los estudios de género, que vertebran e inspiran buena parte de sus investigaciones y proyectos profesionales.

Entre los títulos de sus obras pueden citarse *Desigualdad social y enfermedad*; *De puertas adentro*; *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*; *La ciudad compartida*; *Los costes invisibles de la enfermedad*; *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*; *El trabajo no remunerado en la economía global*; y *La riqueza invisible del cuidado*, uno de sus libros más recientes, publicado en 2018. Todos estos textos atestiguan el vivo interés de Ángeles Durán por indagar en las desigualdades de origen social, cultural, económico o de género, y reflejan su compromiso de denunciar críticamente los factores que contribuyen a instaurar y perpetuar esas desigualdades.

De sus múltiples y variados méritos académicos hay uno que quiero glosar especialmente, y es su impulso a la creación, en 1979, del Seminario de Estudios de la Mujer, posteriormente transformado en Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, en la Universidad Autónoma de

Madrid. Este novedoso centro de investigaciones feministas fue uno de los primeros que surgieron en nuestro país en los albores de la recién estrenada democracia, y marcó un precedente que otras universidades hemos secundado durante las últimas décadas. Hoy en día, casi todas las universidades españolas cuentan con centros y equipos de investigación enfocados hacia los estudios de género. La Universidad de La Rioja no es una excepción en este sentido, ya que desde el año 2009 contamos en nuestra institución con el grupo de investigación Igualdad y Género. Sus integrantes hemos recogido el testigo que nos han legado mujeres como Ángeles Durán, cuyo ejemplo nos motiva y anima para continuar abriendo camino y aumentar la presencia de los estudios feministas en el ámbito académico.

Dentro del amplio elenco de aspectos que esta prolífica investigadora ha analizado en sus obras, destacan en un lugar central las cuestiones relativas al trabajo femenino: ¿a qué (o mejor dicho, a quién o a quiénes) dedican las mujeres su tiempo?, ¿cómo se cuantifican y valoran las tareas desarrolladas por ellas en la esfera privada?, ¿qué coste personal, económico, social, profesional, etcétera, tiene para las mujeres la realización de esas tareas?

A lo largo del siglo XX, filósofos como Bergson o Heidegger han planteado que el tiempo, la temporalidad, es un elemento esencial de la existencia humana. Somos tiempo, o dicho de otra manera, somos lo que hacemos con ese tiempo, ya que las actividades en que nos ocupamos cotidianamente nos definen como individuos y en cierto modo determinan quiénes somos.

La obra de Ángeles Durán pone de manifiesto que, en las sociedades de todas las épocas, incluida la nuestra, el uso del tiempo es diferente en hombres y en mujeres, y que además se le atribuye una distinta valoración económica, cultural y simbólica. En sus estudios, esta socióloga de-

nuncia que el tiempo que las mujeres dedican a tareas de cuidados, desarrollados principalmente en la esfera doméstica, ha sido invisibilizado y silenciado por el sistema patriarcal. Toda esa productividad femenina desplegada en la intimidad de los hogares, y que es imprescindible para el bienestar de las personas, especialmente para aquellas más débiles y vulnerables: menores, personas mayores o enfermas, no se refleja en los cálculos del PIB, ni se remunera de modo alguno, y peor todavía, ni siquiera se considera ‘trabajo’ en un sentido estricto.

Privadas de dinero y privadas de un ‘cuarto propio’, como ya diagnosticó la británica Virginia Woolf hace casi un siglo, la vida personal de las mujeres transcurre en el espacio del hogar, compartido con otros miembros de la familia. La división sexual del trabajo, que asigna a los hombres las actividades productivas desarrolladas en la esfera pública y a las mujeres las tareas relacionadas con la reproducción, los cuidados y la gestión doméstica, provoca que en el entorno familiar sean las mujeres quienes asumen mayoritariamente la responsabilidad de atender las necesidades de todos y cada uno de sus miembros, a cualquier hora del día o de la noche en que estas puedan surgir. El trabajo de cuidados que desempeñan muchas mujeres es una labor callada e invisible, ejercida a tiempo completo, desprestigiada socialmente y carente de remuneración alguna.

Con gran lucidez, y combinando en sus análisis datos procedentes de la sociología, la economía, la ciencia política y la teoría feminista, Ángeles Durán nos advierte de que la sociedad española, cada vez más envejecida, necesitará en los próximos años un mayor volumen de cuidados, y esa responsabilidad no puede ni debe recaer exclusivamente en las mujeres. Muchas de ellas, especialmente si compatibilizan un empleo asalariado fuera del hogar con las labores de cuidados en su entorno privado, acaban padeciendo unas duras condiciones de vida donde todo su tiempo se invierte en trabajar tanto dentro como fuera de casa.

La solución que propone nuestra experta para corregir esta desigualdad de género, sin desatender por ello las necesidades de toda esa población que ahora está envejeciendo, pasa por un pacto intergeneracional y una redistribución de la carga del cuidado, de modo que mujeres y hombres de todas las edades se impliquen equitativamente en las tareas de atención a los miembros más frágiles de la unidad familiar.

Frente a la mirada capitalista, que mide el desarrollo y el progreso de la sociedad únicamente a partir de variables económicas y cifras de mercado, esta socióloga reivindica que es imprescindible tomar en consideración otros factores como el acceso a los cuidados, o la disponibilidad de tiempo para el ocio o el descanso, que también tienen una incidencia directa en el bienestar de las poblaciones.

En una de sus publicaciones más recientes, Ángeles Durán cuestiona el sesgo presente en las cuentas nacionales, que dan protagonismo a algunos sujetos mientras que a otros los reducen a papeles insignificantes, o que eligen los tipos de actividades productivas que vale la pena observar y dejan fuera otras muchas que son igualmente importantes para la sociedad. En esa jerarquización, el trabajo de cuidados desempeñado mayoritariamente por mujeres, o la productividad desarrollada por los colectivos de inmigrantes que en muchas ocasiones trabajan sin papeles y sin contrato, quedan fuera de las cuentas públicas.

La mayor debilidad de la economía del cuidado, y su gran dificultad para incluirla en los cálculos de la contabilidad nacional, radica en el hecho de que la economía basa sus cifras en bienes y servicios que tienen precio, pero la mayor parte de los servicios relacionados con el bienestar básico de las personas y con la atención a las enfermedades y discapacidades se produce de modo privado en los hogares y carece de valor monetario. Los estudios de Ángeles Durán ponen de relieve que el cuidado es una enorme fuente de recursos invisibles que la economía clásica ha dejado de lado.

Las investigaciones de esta socióloga son imprescindibles para entender las paradojas y contradicciones de la sociedad de nuestro tiempo, y ofrecen estrategias y propuestas para abordar y resolver los problemas relativos al envejecimiento de la población, la desigualdad de género o el mantenimiento del Estado del Bienestar, todos ellos acuciantes y que conciernen a todas las generaciones.

La relevancia y pertinencia de su trabajo intelectual la ha hecho merecedora de tres doctorados honoris causa concedidos respectivamente por la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad de Valencia y la de Granada. A esa lista se suma hoy la Universidad de La Rioja.

Asimismo, el reconocimiento de la obra de Ángeles Durán rebasa el ámbito académico, y esta intelectual ha recogido, entre otros, el Premio Nacional de Investigación en Ciencias Económicas, Sociales y Jurídicas Pascual Madoz; la Medalla de Extremadura; la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo; el premio Juana Azurduy concedido por el Senado de la República Argentina; o el Premio Clara Campoamor otorgado por el Ayuntamiento de Madrid, por citar solo algunos.

Y por lo expuesto, dignísimas autoridades y Doctores y Doctoras, solicito se proceda a investir a Dña. M.<sup>a</sup> Ángeles Durán Heras con el grado de Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de La Rioja.





# Sobre ciencia, sabiduría y poder

**Discurso de investidura como Doctora *Honoris Causa***

**Dra. Dña. María Ángeles Durán**

**Universidad de La Rioja**

**24 de octubre de 2019**

## 1. *Tarea me dais*, Rector

Querido Rector, queridos asistentes, querida defensora de mi candidatura.

Es costumbre comenzar estas palabras agradeciendo su generosidad a la Universidad y a quienes promovieron o aceptaron mi propuesta del Doctorado *Honoris Causa*. Así lo hago, con el añadido de que apenas conozco los nombres de quienes tuvieron la gentileza de pensar en mí. Fue sorpresa la primera noticia, una llamada que me despertó de madrugada, con el horario cambiado, en la ciudad de México. Y se mantuvo la intriga cuando, al preguntarlo, supe que la iniciativa había partido de un grupo interdisciplinar del que forman parte docentes e investigadores de diversas áreas de Humanidades y Ciencias Sociales. Tampoco puede faltar mi agradecimiento para quienes nos acompañan hoy en un acto tan trascendental y emotivo; tanto a quienes lo hacen por razones familiares y

de amistad, como a quienes ostentan una representación institucional o participan de este acto por lo que significa en la vida académica.

Muchas gracias a todos, y especialmente para Olaya Fernández Guerrero, profesora de Filosofía Moral e Historia de la Filosofía en la Universidad de La Rioja, por la brillante presentación que acaba de hacer y por encontrar los puentes que unen su trayectoria intelectual con la mía. La suya, con tantos años por delante; y la mía, nacida hace ya más de medio siglo en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Madrid. Tal vez por casualidad, o tal vez no, las primeras palabras que intercambiamos tuvieron lugar este verano cuando ella se encontraba haciendo una estancia en la Universidad de Cambridge, universidad que también fue mi lugar de acogida en varias ocasiones hace algunas décadas.

Hasta ahora la Universidad de la Rioja sólo ha nombrado cuatro doctores *honoris causa*. Ser la recién elegida para ultimar un quinteto conlleva un peso de responsabilidad, porque mis predecesores dejaron el listón muy alto. Confieso que he dedicado muchas horas a tratar de encontrar el tono adecuado para las palabras que siguen. Cuando empecé a prepararlas pedí a la propia Universidad de La Rioja que me mostrase cuál era la tradición, el modo de hacerlo. La universidad me proporcionó dos herramientas útiles. La primera fue el discurso pronunciado por Mario Vargas Llosa en el año 2007, cuando por primera vez se celebró aquí esta ceremonia. Su discurso ocupa veintiséis páginas. Y, como no podía ser menos en un escritor de su categoría, tiene un vocabulario brillante y un título atractivo, *Viaje a la ficción*. Narra las peripecias, idas y venidas durante veinte años de un texto suyo sobre ‘Los habladores’ y confiesa que su objetivo como escritor es “contar historias bien contadas”. Aunque éste fuera el marco que le servía como hilo conductor, el texto también tiene un núcleo doctrinal; defiende que en la ficción se ensayan alternativas, que con su ejercicio mejoran las condiciones de la libertad. Subrayé al menos quince palabras y giros hermosos mientras me preguntaba por

qué no los uso más a menudo si están a mi disposición, igual que a la de todo el mundo. Un texto como éste muestra camino y lo facilita, pero al mismo tiempo genera la angustia de no poder siquiera intentar alcanzar su nivel literario.

La segunda herramienta fue el programa detallado de la última sesión de investidura, la que correspondió en el año 2018 a Federico Mayor Zaragoza. Para mí, Mayor Zaragoza no es un personaje lejano. Ya había sido muchas cosas cuando llegó a la Universidad Autónoma de Madrid; entre otras catedrático en la Facultad de Farmacia, rector de la Universidad de Granada y ministro. En aquel momento yo era una joven encargada de cátedra que estaba creando el primer Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer. Una de las primeras actividades de ese pequeño núcleo de investigación fue tratar de conocer qué departamentos investigaban temas relacionados con la mujer o incorporaban este tema a sus programas docentes. Afloraron muchas tesinas, algunas tesis y pocas asignaturas, excepto las relacionadas con ginecología en la Facultad de Medicina. La sorpresa vino precisamente de donde menos esperábamos, del Departamento de Bioquímica en la Facultad de Ciencias, de donde nos llegó una carta de Mayor Zaragoza, director del departamento, dando la enhorabuena y ofreciendo su apoyo para aquella iniciativa que consideraba del mayor interés intelectual y social. Poco después Mayor Zaragoza se fue a la UNESCO, donde por aquella época se acuñó un concepto que ha sido una referencia intelectual y de conducta importante, el de *investigación-acción*: la investigación encaminada no solamente a producir conocimiento por sí mismo sino también para mejorar la vida de individuos y sociedades.

Mientras el discurso de Vargas Llosa me abrió una puerta a la imaginación y al disfrute con la belleza de las palabras, el protocolario programa de la ceremonia me obligó a reflexionar sobre las bases sociales de la Ciencia.

## 2. *Lectio* o discurso. La palabra hablada y escrita

Probablemente parte del atractivo de los rituales consista en utilizar siempre el mismo programa y en repetir fórmulas revestidas de una pátina antigua que utilizan un lenguaje arcaico, como el *vos*. Sin embargo, las ceremonias académicas solemnes transcurren dentro de un marco demasiado previsible y rápido que impide prestar atención detallada a su significado.

A los sociólogos nos gusta analizar los ritos y las ceremonias porque sintetizan y son un detonante de las relaciones sociales. Aunque ustedes hayan presenciado anteriormente ceremonias similares, con un protocolo idéntico al del acto en que acaban de participar en vivo y en directo, quizá hasta ahora no les habían ofrecido una perspectiva sociológica de la ceremonia del juramento. Por eso voy a compartirles mis reflexiones sobre lo que acabamos de ver y hacer conjuntamente.

No es lo mismo participar en un ritual, en el que tantas cosas alrededor compiten por nuestra atención, que encarar un texto en solitario, sin coreografía ni posibilidad de distraerse. Tampoco es lo mismo prepararse para una actuación verbal que para dar un texto a la imprenta, ni llamarlo ‘de recepción’ o ‘de investidura’. El lenguaje y la construcción de las frases es diferente cuando se habla y cuando se escribe; salvo que se

difunda por las redes, de las palabras dichas pronto quedará solamente un recuerdo difuso y pasará al olvido. Para quienes nos movemos habitualmente en el campo científico, las palabras escritas requieren una formalidad que sin embargo encorsetaría y debilitaría la comunicación cara a cara. Por eso los textos de intervenciones orales transcritas son penosos de leer y sólo sirven como línea argumental para recordar lo dicho. No hay más remedio que transformarlos en un texto nuevo y distinto aunque, como en estas páginas, se procure dejar algún guiño que recuerde que en su primera versión no fue escrito sino hablado.

El protocolo de los nombramientos de doctores *honoris causa* es muy parecido en todas las instituciones y mi primera pregunta será sobre las razones, si es que las hay y no se trata de una mero azar, por las que algunas universidades se refieren a la *lectio* y otras al *discurso*. Al cierre de estas breves páginas, aún no lo sé con certeza. ¿Son intercambiables las *lecciones* y los *discursos*, pueden usarse como sinónimos? ¿O su elección responde a una decisión premeditada por parte de la universidad que la incorpora? Lo que otras universidades hagan hoy no significa pauta obligatoria, aunque sirva de referencia. Que yo sepa, la mayoría siguen utilizando la antigua terminología latina de *laudatio* y *lectio*, tal como se hacía en el lenguaje culto originario de nuestras universidades medievales.

Tanto la *lectio* como el *discurso* son ejercicios de comunicación; pero mientras la *lectio* suele dirigirse a un público homogéneo, especializado o en vías de especialización en la materia de la que trata la *lectio*, los discursos se dirigen a públicos heterogéneos, que no pretenden convertirse en expertos en la materia sobre la que versa el discurso. Las herramientas utilizadas en la comunicación para la *lectio* son sobre todo la lógica y la acumulación de conocimientos por parte de quien la imparte. Se presupone en quienes la reciben un interés, una continuidad en la relación y un deseo previamente manifestado de hacer suyo lo transmitido. En cambio, las herramientas para una buena comunicación en el *discurso*

son ligeramente diferentes, porque el *discurso* trata más de convencer que de enseñar. No se dirige a una audiencia estable sino efímera a la que el mensaje ha de transmitirse sintetizado porque no habrá una segunda oportunidad. Muchos discursos son intervenciones breves, poco más que unas palabras de bienvenida a los asistentes a un acto o de despedida a quienes participaron en él. En otros casos, de lo que se trata es de presentar alternativas a un programa de acción y el objetivo es conseguir que la audiencia lo asuma tanto intelectual como emotivamente. Por ello la retórica es más importante en el *discurso* que en la *lectio*, mientras la información es más importante en la *lectio* que en el *discurso*.

No existe un prototipo o género literario del discurso académico o la *lectio*, ya que son demasiado poco frecuentes como para generar canon, normas sobre cómo debe hacerse. En mi vida académica he escuchado alrededor de una docena de discursos o *lectios* de este tipo y he podido constatar su enorme diversidad. No parece que los doctorandos o doctorandas *honoris causa* se sientan obligados a acompañar su intervención a ningún mandato, más bien se trata de una invitación abierta, flexible, que deja el tono y el estilo al gusto del consumidor. Algunos de los que he escuchado eran una justificación biográfica y académica de la aceptación del reconocimiento. En otros, una *lectio* bien documentada y apoyada con citas y gráficas de *power point*, pero tan especializada que solamente un pequeño sector de la audiencia fue capaz de entenderla. El tono del doctorando varía; desde quien prefiere optar por la vía amable, recordando anécdotas que le vinculan con la Universidad, Departamento o colega que le propuso, hasta quien prefiere echar mano de erudición.

Si hubiera competición por lograr un buen discurso, sin duda llevarían las de ganar los literatos y los políticos, muchos los primeros en el arte de manejar las palabras y los segundos en dirigirse a audiencias variopintas. De todos los que he escuchado, el que recuerdo con mayor admiración es el de José Saramago, que recibió el Doctorado *Honoris Causa* de la Universi-

dad Autónoma de Madrid el año anterior a que yo recibiese el mío. Aunque el que más me ha llamado la atención, y sobre el que algo he escrito, es el de Johannes Brahms al recibirlo de la Universidad de Breslau en el año 1879. No fue un discurso de palabras, sino su magnífica *Obertura del Festival Académico*, punto de partida musical de nuestro *Gaudeamus Igitur*.

A mi modo de ver, Saramago consiguió una intervención perfecta, cálida, sin apenas mirar papeles, dialogando intelectualmente con el claustro y los asistentes, profunda y al mismo tiempo accesible. Sin embargo, esas habilidades que pudieran parecer espontáneas y no trabajadas, eran fruto de una larga vida de trabajo, de ejercicio profesional de la escritura y de compromisos sociales y políticos por parte del escritor. A nadie dijo, y sólo lo supimos después, que pocos días antes había tenido un serio problema de salud que estuvo a punto de impedir que acudiera a recibir su nombramiento.

Para quienes no tenemos tal dominio del lenguaje ni de la acción política, no es tarea fácil encarar la preparación de este tipo de discurso. Tratando de reducir mi inquietud acudí al Diccionario de la RAE, donde me recordaron que la *lectio* tanto puede ser *magistral* como *común* y cotidiana. No creo que ustedes esperasen de mí una lección cotidiana, de esas que en el programa figuran, por poner un ejemplo, como la número 37 en un temario de 50 lecciones. O, ahora que los cursos son sobre todo cuatrimestrales, la número 18 en un programa de 25. Quizá hubiera encajado llamarlo *lección magistral*. En ese caso hubiera sido una *lectio* solemne, al estilo de las inaugurales o de clausura que abren y cierran congresos.

Lo cierto es que en un primer momento pensé en preparar una *lectio*, dudando entre los temas de la sociología y economía del cuidado a los que he dedicado tantos años de mi vida y sobre los que he publicado recientemente un extenso libro de síntesis, o hacerlo sobre un tema que

me interesa especialmente aunque no sea central en mi trayectoria académica, la Sociología del Arte. A favor de esta opción jugaba precisamente su carácter inédito. Sobre la iconografía e interpretación actual del significado de *La Anunciación*, una advocación relevante en La Rioja, he trabajado muchas horas al margen de mis obligaciones laborales. Siento que las Humanidades son un contrapunto imprescindible al trabajo especializado en temas más técnicos y hubiera sido una buena oportunidad, que no descarto para el futuro, dedicar algunas páginas al análisis sociológico de esa imagen, contextualizándola en su época y en el modo en que actualmente la percibe y apropia una sociedad muy diferente de aquella para la que fue pensada y pintada.

También ha pasado por mi cabeza la idea de aludir a Gonzalo de Berceo (c. 1198-antes de 1264), cuyo busto en el atrio en el edificio de Rectorado le sitúa como símbolo de las Humanidades y las Letras. Hace ya veinte años elegí ‘La abadesa preñada’, de su obra *Los milagros de nuestra Señora*, como el mejor texto para ilustrar un número monográfico dedicado a la familia en la Revista de Investigaciones Sociológicas, a pesar de que es muy poco usual que se seleccionen textos tan distantes de la época en que vivimos. ‘La abadesa preñada’, además de sus méritos literarios, muestra todo un arco de fenómenos que mantienen vigencia en la sociedad actual; entre ellos un embarazo no deseado, su interrupción por obra de la propia Virgen María, la entrega en adopción del niño a un varón no casado y, finalmente, el acortamiento voluntario de la vida de un enfermo terminal.

Tras una conversación telefónica con la Profesora Olaya Fernández comprendí que sería mejor dejar a Berceo y a *La Anunciación* para otra ocasión, porque su presentación iba por otros derroteros y no contenía referencias a esta faceta poco conocida de mi trabajo. Aunque el doctorando goce de mucha libertad, sus palabras no se pronuncian en el vacío, sino como respuesta a una *laudatio* previa que las condiciona. El padrino, en

esta caso madrina, proyecta una imagen del propuesto que es sólo una entre las múltiples posibles; y, de modo inevitable, esta imagen está filtrada por la circunstancia personal y profesional tanto del laudante como del grupo, llámese equipo, Departamento, Facultad o como quiera que sea, que ha hecho la propuesta. Tanto o más que a mi obra se ha referido a su impacto social, tanto en mi campo disciplinar como en otros campos del saber y en la organización del proceso científico.

No es obligatorio encadenar las palabras de la *laudatio* completa recién oída con las de la *lectio*, pero sí conveniente, y en este caso lo hago con mucho gusto. Me servirán como punto de partida; el lector y el oyente percibirán la conexión, más implícita que explícita, en las referencias a las biografías colectivas y al efecto sobre la ciencia de la distribución desigual del poder.

Descartado el tema del Arte, seguía en pie la necesidad de elegir entre *lectio* y *discurso*, que no es tanto una cuestión de fondo como de formas. La universidad se ha decantado por lo segundo y como no tengo práctica en este tipo de ejercicio, indagué de nuevo en las bibliotecas físicas y virtuales sobre sus variedades, significado y modo de construirlo. Estos pasos me remitieron a las reglas del buen discurso, que son *las normas de la retórica*. Según estas normas, el discurso ha de tener claro su propósito; debe acumular materiales que sirvan para apoyar ese objetivo, inventariarlos. Luego hay que aprenderlos de memoria para hacer la exposición sin leerlos, mejorando así la comunicación con los oyentes; finalmente, ha de acompañarse con una buena actuación, esto es, con el tono y el gesto adecuados.

Ustedes dirán qué tal me va saliendo este ensayo, si esos paseos y desvíos por los dominios de la RAE sirvieron para lograr alguna mejoría en mi capacidad retórica. Aunque, todo hay que decirlo, el birrete no ayuda mucho por el miedo a que salga despedido en un gesto demasiado vehemente.

Encontré muchas palabras alternativas, tanto para *discurso* como para *lectio*. La RAE ofrece una docena, cada cual con su matiz propio: *presentaciones*, *exposiciones* y *ponencias* sugieren una duración importante, se dirigen a un público especializado y se hacen en el contexto de otros presentadores, expositores y ponentes. Al contrario, las *declaraciones* y *manifestaciones* suelen ser breves y responden a una solicitud específica de comunicación, bien sea del manifestante hacia quienes le escuchan o al contrario. La *alocución* es palabra casi en desuso, puede usarse para cualquier manifestación o expresión oral. La *actuación* tiene un sentido más teatral, de espectáculo en el que importan las formas, el gesto, el escenario. La *interpelación* refleja el deseo de llegar al otro de una forma insistente, cargada de intensidad, la búsqueda de una respuesta inmediata.

El *discurso* se usa sobre todo para las intervenciones públicas de los representantes políticos. Solamente algunas especialidades de la filosofía y la lingüística se refieren al *discurso* cuando someten un texto o una alocución al análisis lógico de su proceso de producción. Podría ser una *exhortación*, pero esta palabra sí viene cargada de pasión; sólo la usaría si intentase convencerles de algo. Si hubiera intentando llevar aún más lejos la exhortación, habría hecho una *proclama*. Si mis palabras fuesen monótonas, de sobra conocidas y moralizantes, aunque no tuvieran que ver con contenidos religiosos, probablemente ustedes lo resumirían luego diciendo que “les largué un sermón”, y tampoco se trata de eso. Si quisiéramos bajar el tono académico para hacerlo ligero y casi familiar emplearíamos *charla*, que es la devaluación de la *conferencia* o la *exposición*; aunque corre el riesgo de no conseguir la participación y comodidad perseguida y, a cambio, convertirse en superficial y falta de contenido, acercándose a la versión caricaturizada de la charla que es la *cháchara*.

La *intervención* es probablemente el sinónimo más cómodo de discurso, no compromete a casi nada. Puede ser larga, corta, con pasión y sin pa-

sión. Es una palabra muy fácil de decir, pero precisamente porque es tan fácil, hoy no quiero tener una *intervención* ante ustedes.

No quiero intervención, ni sermón, ni proclama, ni cháchara. Y mucho menos *libelo*, que sería una exposición cargada de calumnias. No, aunque haya perdido unos minutos de preámbulo dando vueltas a las palabras antes de descartarlas, nada de eso quiero hacer con ustedes y para ustedes.

### 3. Biografías individuales y colectivas

Lo que en realidad deseo plantear y plantearos, queridos colegas, compañeros, amigos, es por qué y para qué habéis propuesto mi nombre. Obviamente, mi madrina ha expuesto el currículum y las razones que avalan su petición. No voy a decir que estén mal elegidas. No, están elegidas perfectamente. Pero no es eso, o no ha sido solamente por eso. Para mí resulta prístino que me dieron este nombramiento porque represento algo que va más allá de mí. No es sólo mi trayectoria personal, mi trabajo de investigación, publicaciones, gestión y otras actividades académicas, sino la conexión con una biografía colectiva. También sucedió cuando se nombró a los doctores que me han precedido; se tuvo en cuenta lo que esas personas representaban, no sólo se les elegía como sujetos individuales sino por los núcleos a los que servían de referentes. De modo que no es sólo mi caso; pero también es mi caso. Porque este premio, ya que a fin de cuenta un Doctorado *Honoris Causa* es un premio, tiene un significado implícito: ¿Qué querían decir quienes lo decidieron, fuera consciente o inconscientemente, expresado en público o sólo en privado?

Creo que no me equivoco al interpretar que han querido reconocer un movimiento social e intelectual que incorpora las mujeres a la creación de la cultura y del conocimiento. Es un movimiento de renovación inte-

lectual del que formo parte y con el que quiero compartir, mitad y mitad, el honor que esta universidad me ha concedido.

Claro que las mujeres siempre hemos contribuido a la creación, a la creación de la vida cotidiana. En aquellas épocas antiquísimas en que aún no se sabía qué hierbas eran venenosas y cuáles no, estoy segura de que muchas mujeres hicieron ensayos de prueba y error antes de aprenderlo y después enseñaron a otros a distinguir las venenosas de las comestibles. Nos hablan mucho de los mamuts; su caza levanta un sentimiento épico y como ornato se identifica fácilmente, pero los grupos obtenían una buena proporción de proteínas de la caza menor con que las mujeres contribuían a la alimentación, de animales pequeños como aves y conejos que no requerían para su acoso fuerza física sino paciencia y destreza. Aquellas precursoras nuestras contribuyeron con la recolección y acarreo de granos y frutos, de agua y leña, con la alfarería. Siempre estuvimos aportando conocimientos y bienes. Donde no estuvimos fue en los centros dedicados formalmente a la producción del saber, aunque eso sucedió muchos siglos más tarde de aquello de los mamuts y los conejos.

Aunque no pensaba hacerlo, permítanme que me detenga en una breve alusión a Concepción Arenal (1820-1893). En términos históricos apenas hace tiempo, ni siquiera llega a dos siglos que aquella mujer intentó acceder a las aulas universitarias y para conseguirlo tuvo que disfrazarse de hombre. Necesitó valor y osadía para acercarse, pero cuando se supo que era mujer fue expulsada del lugar del conocimiento. Por eso es una maravilla que en esta sala, tanto entre quienes llevan toga como no, casi la mitad sean mujeres. ¡Es tan lícito el deseo de conocer, de aprender, de enseñar! ¡Y que lo hayamos tenido prohibido, negado, durante tantos siglos! Porque, contradiciendo en cierto modo a Vargas Llosa, no es la ficción sino el conocimiento lo que nos hace libres, lo que más nos ayuda a intentar serlo.

Escribí hace años una pequeña historia de la ciencia que titulé (¡vaya título!) *Mil años de ausencia*. Más que de la presencia, la nuestra es una historia de la ausencia. Apenas hubo mujeres en la Ciencia, aunque fueron más de las que parecía. Ahora que hemos empezado a buscarlas en la Historia, aparecen en todos los campos, aquí y allá; pero son pocas. Por poner un ejemplo que estos días nos recuerdan los medios de comunicación, si recuperamos a una pintora o una filósofa injustamente ignorada, tal vez compensemos su largo olvido con una exposición en el Museo del Prado (Sofonisba Anguissola) o caigan en cascada documentales y películas sobre su vida (Hypatia de Alejandría). Pero en conjunto lo aportado por las mujeres a la ciencia son pequeños granos de arena junto a las grandes rocas aportadas por los varones. No nos fue posible estar allí, codo con codo.

Donde quiera que haya un ser humano, deja su huella. Si nosotras hemos estado ausentes del proceso histórico de producción de la ciencia, la ciencia que nos ha quedado es la heredera de ese proceso. Todos los que producimos conocimientos lo transmitimos, lo enseñamos. Da lo mismo que sea grabar en la roca una escena de caza, cocer unas lentejas o escribir un tratado de Metafísica. Dejamos nuestra huella en aquello que hacemos. La ciencia que hemos heredado es la ciencia de nuestra ausencia; de los mil años, y muchos más anteriormente, en que no estuvimos en plano de igualdad para construirla. Esta huella no se manifiesta tanto en el proceso de estricta lógica o de experimentación como en el contexto del descubrimiento. Históricamente nos ha faltado la fuerza que ahora estamos empezando a tener para influir en las decisiones sobre qué es lo importante y lo secundario, para qué y para quién queremos estudiar qué, con qué metodología. Lo que ahora vivimos las mujeres del siglo XXI es un nuevo Renacimiento, la oportunidad de cambiar los contextos y llenar la gran laguna que ocasionó nuestra ausencia.

Yo tuve la inmensa suerte de llegar a la Universidad sin ninguna traba, gracias a un país que se abría y a una familia que me apoyaba. Bueno, no fue

exactamente así. Cuando empecé la carrera de Derecho, no podía ser juez. De haber sido posible, quizá hoy llevara una toga roja y no anaranjada. Creo recordar que tampoco podía ser forense, ni ingeniero de minas, ni representar a España como embajadora, por citar sólo algunas vías profesionales directamente relacionadas con la Universidad y no derivarme por otros derroteros de limitaciones en el ámbito político, económico, religioso o social. Pero ninguna de esas especialidades eran las que más me interesaban, por eso no sentí que tuviera que vencer grandes obstáculos en mi elección de un campo del saber. A diferencia de los años sesenta, el gran cambio que ya se ha producido es que hoy más de la mitad de quienes ocupan las aulas universitarias como estudiantes son mujeres. La Ley de la Ciencia propone un programa ambicioso para su integración en todos los niveles del conocimiento y la enseñanza, y lo hace por mandato europeo. La distribución no es homogénea entre Facultades, pero se ha alcanzado ya una alta participación en los niveles intermedios de la docencia universitaria. Creo recordar que en este momento hay ocho rectoras, responsables de los más altos niveles de representación en su universidad. Por primera vez en toda su historia, recientemente se ha nombrado a una mujer como presidenta del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero aun siendo importantes, estos cambios no son el gran cambio de la Ciencia. Lo esencial es reconocer que la nueva ciencia que tenemos la oportunidad de construir se está ya enriqueciendo por la llegada de las mujeres, sobre todo en las Ciencias Humanas y Sociales. Probablemente hay campos como la Astronomía, en que el acceso de las mujeres se notará mucho en los organigramas pero poco en el contenido de la ciencia. Sin embargo, la incorporación de las mujeres al Derecho, Economía, Arquitectura, Medicina, Sociología, Lingüística, Filosofía y otras muchas disciplinas tendrá consecuencias importantes en su propio contenido y no sólo en la composición de los claustros o los organismos de representación.

La incorporación de las mujeres viene acompañada de dos maravillas; por una parte *la duda* y por otra *la esperanza*. Las mujeres de hoy nos en-

frentamos a una ciencia que hemos de recibir con honestidad y energía. Tenemos que aprender lo que con mucho esfuerzo se fue construyendo mientras nosotras estábamos fuera, pero sin olvidar nuestra gran capacidad vivificadora, que es precisamente la duda. Hay partes de la ciencia en las que nos sentimos ajenas o excluidas, en las que sabemos que podemos hacer grandes aportaciones. Queremos redefinir prioridades. No es sólo la ciencia para sí sino por qué y para quién. Por ejemplo, estoy de acuerdo en que se necesita investigar en Medicina en aquellas fronteras en las que mediante sofisticadas tecnologías se puedan salvar vidas; pero muchas más vidas se pueden salvar ya investigando las condiciones de acceso al agua corriente, a las letrinas, a la alimentación bien equilibrada, al control del frío y el calor en los hogares. Las mujeres venimos de experiencias históricas diferentes, seguimos ocupando todavía papeles sociales distintos y tendremos que elegir qué tipo de ciencia priorizamos. Aun siendo respetable todo el saber, hay algunos saberes que nos importan más que otros y eso es decisivo a la hora de optar por un plan docente o un proyecto de investigación alternativo.

## 4. La ceremonia del juramento

Esta ceremonia es un magnífico momento para la observación participada, algo que a los sociólogos nos atrae especialmente. En ella intervienen el rector, el secretario general, el padrino o madrina y el propio doctorando/a. Por eso voy a ofrecerles una exploración introspectiva del texto sobre el que he realizado mi promesa. Como cualquier introspección, parte de una circunstancia personal concreta, que en mi caso no puede desligarse de mi condición de investigadora. Nada se piensa o siente desde el vacío, siempre lo acompaña la memoria; memoria de esfuerzos anteriores por comprender y transmitir, que han ido plasmándose en previas conferencias, debates o publicaciones y de las que al final de este texto ofrezco una sucinta referencia.

La fórmula protocolaria se utiliza por todas las entidades académicas con escasas diferencias e, igual que el *Gaudeamus Igitur*, forma parte de la rica tradición de los ritos solemnes universitarios. Copio aquí su transcripción literal y les invito a una reflexión dialogada, que no a un soliloquio, sobre su contenido:

*Por la autoridad que me está conferida, os hago entrega del título de Doctora 'Honoris Causa' por la Universidad de La Rioja, que atestigüe para siempre y en todas partes el grado de tan alta dignidad.*

*Como símbolo de este honor, os impongo el birrete laureado, antiquísimo y venerado distintivo de tan alto magisterio. Llevadlo sobre vuestra cabeza como la corona de vuestros estudios y merecimientos.*

*Recibid, en primer lugar, el libro de la Ciencia y la Sabiduría, que os cumple cultivar y difundir sin descanso. Tened siempre presente que, por grande que sea vuestro talento, siempre deberéis manifestar reverencia, respeto y toda consideración a vuestros maestros, que han sido vuestros predecesores.*

*Recibid el antiguo anillo, símbolo del matrimonio entre Vos y el saber. Y emblema del privilegio de firmar y sellar los dictámenes, consultas y censuras de vuestra ciencia y profesión.*

*Recibid, finalmente, los guantes blancos, símbolo de la pureza que deben conservar vuestras manos. Y signo, también, de vuestra alta categoría.*

*¿Prometéis, por vuestra conciencia y honor, fidelidad a la Universidad de La Rioja, defender y guardar su honra y provecho, guardar los Estatutos que ahora son o por tiempo se hicieren, y llevar los derechos de los grados por entero y no soltarlos a persona alguna?*

*La Universidad de La Rioja es testigo y será juez si faltareis al compromiso.*

*Recibid el abrazo de la paz y fraternidad de los que se honran y congratulan de ser vuestros hermanos y compañeros.*

La ciencia ha tenido épocas de mala fama, no el prestigio que tiene hoy. Tanto el diccionario de la RAE como el de Uso del Español de María Moliner recogen una versión popular de la palabra 'ciencia' que la asocia al *Árbol del bien y del mal*, también llamado árbol de la ciencia o árbol del conocimiento. Según la tradición, el árbol significó la prohibición de acceder al conocimiento y fue la desobediencia a esta prohibición, accediendo a sus frutos, lo que desencadenó la expulsión de Adán y Eva del Paraíso. ¿Qué frutos, y para quién, siguen hoy prohibidos? La metáfora tiene su gracia porque son muchas las entidades científicas, entre otras el CSIC, que utilizan el icono de este árbol cargado de frutos como imagen corporativa.

¿Es posible que haya ciencia para el mal, o cuando menos al margen del bien y del mal, desinteresada de esa cuestión? Sí, es posible. Y tenemos la responsabilidad de buscar una ciencia para el bien, aunque la dificultad no está en los grandes nombres sino en distancias y niveles más cortos: en la frontera entre la ciencia que me interesa hacer o promover a *Mí* y la Ciencia que necesita o desea *el Otro*. Con frecuencia no coinciden y hemos de priorizar nuestras elecciones.

Habéis dicho, Rector, que al entregarme *El libro de la ciencia y la sabiduría* me cumple cultivarlo y difundirlo sin descanso. En otras universidades, en otras versiones de este mismo acto, la entrega del libro se divide en dos fases. En la primera se entrega el libro abierto “*para que descubras los secretos de la Ciencia*” y en un segundo momento se entrega cerrado “*para que dichos secretos, según convenga, los guardes en lo profundo del corazón*”. Ateniéndome al protocolo riojano, me pregunto cuáles son las posibilidades y límites del cultivo y la difusión. Hasta dónde ha de llegar este esfuerzo, en un mundo en que las fronteras de las aulas universitarias son rotas permanentemente por nuevas tecnologías que permitan encapsular las palabras y los gestos. El *streaming*, la reproducción a través de portales y webs permite hoy multiplicar por cien, por miles, el número de asistentes a este acto. La audiencia de hoy no son sólo quienes nos contemplan a cuerpo próximo, sino las lejanas e imprevisibles audiencias que en cualquier momento podrán abrir y reavivar la memoria encapsulada. Mi preocupación no es tanto la de llegar a quien accedo fácilmente o ya he llegado, cuanto la de llegar a quien no llevo. E impedir, ¿cómo hacerlo?, que emisores más fuertes y mejor situados entierren bajo cataratas de comunicaciones las palabras que quiero transmitir.

Añadisteis, Sr. Rector, que debo ejecutar esta tarea *sin descanso*, y no sé si mi trabajo debería aplicarlo al campo disciplinar al que pertenezco o también se extiende a la organización de seminarios y actividades interdisciplinares, o incluso a una intensa relación con los medios de comunicación y las

redes que hoy amplifican cualquier propuesta o hallazgo. Si se me permite la broma, el descanso forma parte de los derechos laborales de cualquier trabajador, incluidos los profesores universitarios. Supongo que es licencia poética, porque semejante dedicación supera con mucho los límites de la exclusividad y sitúa el modelo que me proponéis más cerca del heroísmo, e incluso del martirio, que de las modernas condiciones de trabajo que garantizan nuestras constituciones. Pero no lo tomo en sentido literal y acepto vuestra exigente demanda. Además, si me permiten un poco de humor, y teniendo en cuenta que nací en 1942, aunque el corazón me pida nuevas y arriesgadas empresas, la artrosis ya se está tomando algo de revancha y me pide que no vaya tan aprisa, que no tome las cosas al pie de la letra sino con más tranquilidad. Tendría gracia que se aplicase esta exigencia a alguien que, como yo, ha dedicado gran parte de su vida al estudio del valor, uso y expropiación del tiempo. Y que fuese ahora a expropiarme el tiempo no sólo el sistema productivo y la sociedad en la que vivo, sino también esta universidad que con tanto cariño me acoge en su claustro.

He tenido que prometer que *guardaré los grados*, que no entregaré a nadie los certificados. Esto puede interpretarse como una garantía de calidad, pero; ¿cómo encaja con el derecho a la educación, a la libre difusión del pensamiento? Hay una tensión evidente entre lo que debiera ser accesible y lo que interesa conservar como *clausus*, así como entre los instrumentos para conseguir ambos fines.

Más complicado es lo que sigue. Decís que debo manifestar reverencia, respeto y toda consideración a mis maestros, que han sido mis predecesores. Más o menos, en la fórmula protocolaria se dice que “*Por muchos que sean tus conocimientos, tienes que mostrar respeto y veneración a tus maestros, que son los que te precedieron*”.

El problema no es el respeto y consideración, sino el modo de manifestarla. ¿Cómo se demuestra reverencia y respeto en el siglo XXI? No con la

repetición acrítica, desde luego. Creo que el respeto y la veneración por los maestros consiste precisamente en aceptar su legado modificándolo, incorporándole innovación al mismo tiempo que continuidad. A veces, el respeto al conocimiento requiere la ruptura, un conflicto intelectual que se salda con heridas personales.

A comienzos del siglo XX se produjeron grandes transformaciones en el modelo tradicional de Universidad: se multiplicó el número de universidades y de estudiantes, la sociedad se secularizó, las entidades religiosas tradicionales perdieron parte de su influencia y surgieron nuevas formas de espiritualidad. Crecieron las Facultades de Ciencias Naturales, Experimentales e Ingenierías, y se generalizó el acceso del alumnado femenino. Los avances tecnológicos permitieron innovaciones en el contenido de las enseñanzas, pero también en sus modos de organización y estudio (sistema de bibliotecas, clases prácticas, intercambios internacionales). Fueron en gran parte los avances tecnológicos los que impulsaron el acceso de las mujeres a las Universidades y a las instituciones científicas, porque gracias a ellos se había reducido la mortalidad infantil y consecuentemente la natalidad. También habían permitido aumentar la productividad del trabajo doméstico (por ejemplo, gracias a la traída de aguas) e industrial y la existencia de un excedente de población dedicado al estudio y la producción de servicios.

Una vez que las mujeres se incorporaron al sistema educativo, era inevitable que se iniciaran movimientos críticos respecto al contenido de la ciencia y respecto a su sistema organizativo. Durante siglos, apoyándose en argumentos biologists, se había aceptado que el destino de las mujeres era obedecer a los hombres. Que no estaban dotadas para intervenir en la vida pública, que el silencio era en ellas una virtud. Pero la ciencia del siglo XX ya no avalaba este principio. Las mujeres lo cuestionaban abiertamente. No fue una reacción inmediata ni virulenta, pero sí progresiva. Su presencia en el sistema de producción de conocimientos

conlleva cambios que afectan al sistema de valores de las instituciones científicas. Por decirlo de un modo metafórico, ni siquiera el Génesis se libra del cuestionamiento.

Y en cuanto a quiénes fueron mis maestros...

Tuve la suerte de tener muchos y buenos maestros en mi vida, unos dentro del sistema educativo y otros fuera de él. Como anécdota personal, quiero recordar que en todo el tiempo que fui al colegio, desde los cinco años hasta los dieciséis, nunca tuve maestros varones salvo dos profesores, el de Matemáticas (Don José, que era por cierto un magnífico maestro) y el de Religión. Cuando llegué a la Universidad, ni en los cinco cursos de licenciatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, ni en los cursos de doctorado, ni en los tres años en la Facultad de Derecho, tuve una sola profesora mujer. Ni siquiera en clase de prácticas. Todos fueron varones. Ninguno de los manuales que estudié en Ciencias Políticas o en Derecho estaba firmado por una mujer. El salto de la enseñanza media a la universitaria fue un cambio radical de maestros, un cambio de género. La primera mujer que escuché subida a la tarima fue en Ann Arbor, en la Universidad de Michigan, durante un curso de especialización postdoctoral. Los fundadores de las materias en las que me formé fueron todos Padres y dejaron en la ciencia la huella de sus propias circunstancias; las Madres Fundadoras estaban ya en la lista de espera pero todavía no habían alcanzado el reconocimiento como Maestras.

Así que no es raro que me pregunte quiénes han sido mis maestros. Quizá, si hablase de maestros con mayúsculas, tendría que pensar en los que firmaban los manuales, o los que definían los planes de estudio y servían como grandes referencias intelectuales. Pero es que además de estas grandes figuras tuve muchos y buenos maestros cercanos a los que podía consultar, que fueron esenciales transmitiéndome conocimiento. Y tuve muchísimas maestras sin título, que me enseñaron qui-

zá lo más importante. Maestras sin título ni tarima ni certificado que me enseñaron en casa, en la calle, en el hospital, en el mercado, en la iglesia, en el parque. A los maestros de cátedra, visibles y reconocidos, hay que añadirles los maestros anónimos, los que imparten sabiduría aunque no impartan ciencia.

Mi juramento de respeto les alcanza a todos: a los que firmaban los manuales, a los que tenían sus obras en los estantes casi prohibidos de la biblioteca, a los que me dieron clases sin alcanzar programa propio y a quienes me enseñaron sin libros las cosas importantes de la vida cotidiana.

Dice el diccionario de la RAE que la sabiduría es el culmen del saber. Sabiduría no es antagónica de ciencia, pero tampoco sinónimo. A veces pienso que tanta ciencia nos aleja de la sabiduría y con esta edad que ahora tengo lo pienso más a menudo que antes. Querido Rector, querido Secretario General; no es poca la tarea que me habéis propuesto y he prometido. Tendré que combinar muchas cosas que no son sencillas de equilibrar. Pero desde aquí os digo que si en una balanza tuviera que *elegir entre la ciencia y la sabiduría*, tengo claro que preferiría la segunda a la primera.

El anillo que habéis puesto en mi dedo es potente, más vale no estrecharme la mano con fuerza cuando lo tenga puesto porque sería un saludo doloroso. El anillo es *símbolo*, así lo dice el juramento, *de matrimonio*. Como sugerencia para posibles innovaciones en la fórmula del protocolo les diré que tal vez no sea el símbolo más eficaz en estos momentos. Según el Instituto Nacional de Estadística sucedió que el año pasado, y el anterior, y el anterior, hubo más de un 50% de divorcios respecto a matrimonios. La generación joven muestra poco apego a esta venerable institución, ha perdido algo de vigencia. Parecen preferir otras formas de relación y convivencia; se quieren, viven juntos, pero no se casan o al menos lo posponen durante mucho tiempo. Quizá tuviéramos que

sustituir el término matrimonial, que para los jóvenes tiene una cierta connotación demodé que no les entusiasma, por el de amistad profunda, singular, o algún otro símil más novedoso para el que aún no hemos concertado la palabra adecuada.

He prometido “*fidelidad a la Universidad*” y me pregunto cómo es más fiel un profesor o un investigador; si haciendo lo que siempre se ha hecho o dejando hueco para introducir cambios que, como en el caso de Concepción Arenal, pueden ser disruptivos, casi escandalosos. Hay que optar entre volcarse en lo que fue o en lo que será. Y si fuera en lo que será, neutralizar el riesgo de que parezca un exceso, una traición. La innovación tiene sus riesgos y a menudo nos detenemos muchos escalones antes del límite que podríamos alcanzar, por miedo a perder pie y abandonar el comfortable terreno de lo ya conocido. Como decía Vargas Llosa con el discurso que inició esta serie, los sueños son importantes, pero han de ser “*sueños lúcidos*”. Yo invitaría a todo el mundo a abrirse, a dar su confianza a la innovación; pero no es fácil romper las fronteras de la ciencia sin hacer añicos el delicado, frágil y sutil equilibrio entre el sueño lúcido y el sueño descabellado. El otro día, preparando estas palabras de hoy, leía un precioso diálogo entre Don Quijote y Sancho donde discutían hasta dónde pueden tirar de nosotros los sueños. Como investigadores, como docentes, cada día despertamos con este diálogo inacabado entre los sueños que nos arrastran y el miedo al desastre del exceso.

Dice el juramento que “*la Universidad será testigo y juez de mis acciones*”. Quizá sea excesivo que la Universidad juegue simultáneamente el papel de juez y parte, pero permítanme que en revancha haga un apunte un tanto irónico: la Universidad podrá ser testigo y juez tanto como quiera, pero eso no evita que también será observada, enjuiciada y juzgada por todos los que están dentro y fuera de ella. De modo que espero que actúe preventivamente antes de que se nos pidan responsabilidades por actos y no-actos de los que nos creemos a salvo de la crítica, aunque no lo es-

temos. La crítica, si no se expresa en palabras, se guarda sepultada bajo láminas de inconsciencia y temor, pero sigue viva como un fermento de malestar que en algún momento estallará.

Tenemos que darnos *el abrazo de la paz*; ¿es que antes hubo guerra? ¿Qué tipo de guerra, por qué y entre quiénes? ¿Es que no podía o no quería enterarme? ¿Se han enterado ustedes de que hemos firmado la paz y no una simple tregua?

Finalmente, la fórmula de la promesa dice: “*Hermanos, abrácese*”.

Qué final tan hermoso para una ceremonia. Qué inmenso placer oírme llamar hermana y compañera. Que me llamen así quienes vienen de trayectorias tan distintas, que reconozcan el esfuerzo por conocer, por enseñar, por transmitir... Porque “*Hermanidad*” y “*Compañeros*” son palabras mayores. No se trata sólo de aceptar que coincidimos como condiscípulos o miembros de un mismo claustro. Va más allá. Hermanarse es desear introducir las innovaciones que el otro necesita, aunque tal vez no las necesites tanto como él; y significa aceptarle y promoverle como representante de todos. Ya hemos hablado de las ocho rectoras; aun siendo muchas más de las que había, todavía no llegan al 15% en el conjunto de las universidades. Y no sólo es su cabeza visible sino toda la institución universitaria, todo el sistema de ciencia, lo que necesita renovación.

## 5. La ciencia que queremos

Temo, queridos amigos, que estoy poniéndome demasiado seria y que avanzo lentamente sobre las páginas que he traído escritas, así que saltaré algunos párrafos para ir más rápida.

El Rector me ha hecho entrega solemne del *Libro de la ciencia y la sabiduría*. De aquí arranca una obligada reflexión. ¿Por qué son necesarias dos palabras, la de Ciencia y la de Sabiduría?. ¿No son lo mismo, no caminan juntas? ¿Pueden, incluso, tirar cada una en direcciones contrarias?

En el libro de Alberto Jiménez *Historia de la Universidad Española*<sup>1</sup> se recoge la leyenda de un nigromante que vino a España de allende de los Pirineos para aprender la ciencia. *El Libro de la Ciencia* estaba guardado bajo la almohada del rey y para conseguirlo sedujo a su hija, que lo robó para él. Cuando lo consiguió, huyó. Al darse cuenta, el rey mandó perseguirle pero con sus artes mágicas el nigromante se ocultó bajo un puente, sin tocar la tierra ni el agua. Finalmente logró escapar y se adueñó de los secretos de la ciencia para utilizarlos en su propio provecho. Inventada o cierta, la leyenda da mucho que pensar. ¿Ha de estar la ciencia siempre a buen resguardo y escondida en palacios? ¿O puede ser accesible a todo el mundo? ¿Si sacamos la ciencia de los palacios se

.....  
1. Jiménez, Alberto. *Historia de la Universidad Española*. Alianza Editorial, Madrid. 1971.

devaluará? Si la ofrecemos barata o gratis; ¿es posible que la aprecien menos y nos paguen peor por ejercerla?

Para quienes nos dedicamos a la investigación y a la docencia, la palabra ciencia forma parte de nuestro vocabulario cotidiano, aunque pocas veces reflexionemos sobre su contenido. En mi caso, fueron las oposiciones a cátedra, hace ya muchas décadas, lo que me hizo reflexionar sobre los problemas epistemológicos de mi disciplina y las dificultades de la ciencia para crecer de modo homogéneo en todas las direcciones y en todos los campos. A lo largo de medio siglo, una y otra vez he vuelto a preguntar y a preguntarme en foros y seminarios sobre su imposible neutralidad. Lo he ido dejando en un reguero de artículos y libros, en su mayoría colectivos. El último se llama precisamente *La imposible neutralidad de la ciencia* y algunos de los párrafos que siguen a continuación son sus deudores directos, resumidos. Muchas organizaciones científicas se nombran a sí mismas y a sus objetivos sin haber establecido previamente una definición de qué sea la ciencia. Unas ponen el énfasis en el proceso, o sea en el método, y otras en el resultado, en la acumulación de conocimiento. Como pueden adivinar, si robo minutos al tiempo disponible esta tarde para dialogar con ustedes sobre la ciencia es porque tengo puesta la mira en nuevos tipos de conocimientos que todavía son jóvenes en términos históricos, y cuyo todavía incipiente estatuto científico merece reflexión.

¿Qué es la ciencia, qué tipo de ciencia queremos? La mayoría de las definiciones nadan entre dos aguas, tratando de incorporar criterios de la metodología en el proceso sin desconocer a los sujetos que lo empujan y utilizan. Por ejemplo, el Science Council del Reino Unido no precisó el concepto de ciencia hasta que tuvo que decidir qué organizaciones podían formar parte del Council y cuáles no. Eso sucedió en el año 2009. La definición finalmente propuesta fue *“la búsqueda y aplicación del conocimiento y comprensión del mundo natural y social, siguiendo una me-*

*Metodología sistemática basada en la evidencia*”. Es una definición amplia, laxa, que no compartirían muchos investigadores de las ciencias experimentales que requieren, además, satisfacer los criterios de exactitud, falsabilidad y capacidad de predicción (Bunge, 1959). De esta definición quiero recoger la referencia a la búsqueda y a la comprensión. Lo que me interesa sobre todo es la búsqueda arriesgada e innovadora que aún no ha conseguido resultados, que todavía no ha convencido a sus detractores o escépticos, que no tiene un *pedigree* científico asentado.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la mayor entidad dedicada a la ciencia en España, expone en su Estatuto (2017) que sus objetivos son *“el fomento, coordinación, desarrollo y difusión de la investigación científica y tecnológica, de carácter pluridisciplinar, con el fin de contribuir al avance del conocimiento y al desarrollo económico, social y cultural, así como a la formación de personal y al asesoramiento de entidades públicas y privadas en esta materia”* (art. 4). Un párrafo un poco largo, que empareja conocimiento con desarrollo económico, social y cultural. Aunque a las ciencias que estudian la economía, la sociedad y la cultura resultaría difícil aplicarles los estrictos criterios que requería Bunge, no pueden dejarse al margen del conocimiento, ni desconocer su capacidad de condicionar cualquier intento de avance de la investigación en otros campos.

En España la Real Academia de la Lengua adopta una definición de ciencia bastante próxima a la de Bunge; la sustantiviza, la requiere experimental y predictiva. Si para ser consideradas científicas se exigieran estos criterios, gran parte de las ciencias humanas y sociales quedarían fuera. A diferencia de la Academia, el Diccionario de Uso de María Moliner no pone tanto el acento en la ciencia en cuanto acumulación objetivada de conocimientos como en que es un saber poseído por un sujeto, sea individual o colectivo. El uso acerca la ciencia a los sujetos y la aleja de las abstracciones. No es de extrañar que la Academia no haga ninguna referencia a la finalidad de la ciencia, en tanto que el Diccionario de

Uso la vincula con la aplicación a la actividad humana para el mejoramiento de la vida. Siguiendo esta estela, es inevitable que terminemos preguntándonos por los distintos sujetos de la ciencia: quiénes son, qué tipo de saber pueden producir y recibir, cuáles son sus posibilidades de sufrir rechazos o de promover cambios. No es pregunta baladí. En España, el marco legal de la ciencia viene dado por la Ley de la Ciencia, la Tecnología y la Investigación (2011), una ley que destaca la necesidad de construir un espacio europeo del conocimiento dinámico, que integre a múltiples actores y dé poder a los agentes de cambio (Preámbulo, 1). Es de destacar que la primera medida innovadora que cita esta Ley es la incorporación del enfoque de género con carácter transversal; y la cuarta, la incorporación de la dimensión ética profesional.

## 6. Creación y producción científica

Creación y producción son conceptos parecidos pero no iguales. A muchos investigadores les retrae la palabra creación porque la asocian con la fantasía; prefieren la idea de ‘producción científica’ o producción de bienes o servicios científicos claramente delimitados que se pueden apropiar e incluso vender (patentes, subvenciones, *spin-offs*) de modo semejante a la actividad económica para el mercado. Sin embargo, no hay producción que valga la pena si no se inicia con una creación. O, como decía Max Weber, con una ‘inspiración’ próxima a la embriaguez, al don que comparten el científico con el artista.

Cuando las entidades científicas describen su producción, o la de un equipo o investigador individual, suelen enumerar las publicaciones (*papers*, artículos, libros, y cada vez más los audios o vídeos), presentaciones en congresos o sesiones científicas, tesis, proyectos dirigidos, premios y reconocimientos logrados. También es frecuente que se citen las patentes, contratos y ayudas financieras recibidas. Pero no lo es tanto la especificación de los avances debidos a cada uno de estos eslabones. En las evaluaciones de la producción científica se utilizan factores diversos, como la cantidad y la calidad, pero incluso cantidad y calidad pueden medirse de manera muy diversa. En las ciencias experimentales se valoran especialmente los artículos breves, elaborados en fechas muy recién-

tes, con una métrica y matemática sofisticada, publicados en revistas de excelencia que utilizan casi en exclusiva el idioma inglés. La investigación orientada al mercado se realiza bajo la presión para transformarse en tecnología competitiva, de ahí la urgencia de ponerla en circulación y patentarla lo antes posible para garantizar su rendimiento económico.

La transposición acrítica de estos criterios a las Ciencias Humanas y Sociales tiene efectos devastadores. Ni la métrica sofisticada, ni la brevedad, ni el uso de la lengua inglesa son garantía de calidad, y menos aún de pertinencia para investigaciones que tienen por objeto sociedades no anglófonas y que frecuentemente carecen del acopio previo de datos que son imprescindibles en las métricas de refinado aparataje matemático. La integración acrítica en proyectos diseñados desde presupuestos culturales y sociales ajenos es una forma de colonización intelectual que a menudo distorsiona el sentido de los hallazgos. En principio, la finalidad de la publicación es dar a conocer un descubrimiento; pero las revistas científicas no son canales generales de divulgación, sólo las leen públicos muy reducidos. La mitad de los artículos publicados en revistas de alto impacto no reciben una sola cita y se desconoce cuál es su efecto fuera del ámbito académico. En la práctica, la principal finalidad de las publicaciones es garantizar los derechos de autor (patentes industriales o similares derivados económicos) o el marcaje de territorios intelectuales, justificar los costes de la propia investigación y asegurar una buena posición profesional a los investigadores o a la entidad científica promotora. Al asumir la función de unidad de cómputo de la producción intelectual, la publicación ha dejado de ser en muchos casos un instrumento de comunicación para convertirse en un objetivo en sí mismo.

Supongo que la Mesa que preside esta sesión y tiene la maza para controlar los tiempos estará pensando que debiera terminar. Había preparado casi cuarenta páginas y sólo voy por la mitad, pero no se preocupen, no voy a contarle todo. Pasaré por alto lo que había preparado sobre el traba-

jo no remunerado y su impronta sobre la economía global, sobre cómo la integración del trabajo no remunerado afecta a conceptos e indicadores tan básicos como los de producción, consumo, ahorro, crecimiento o saldos internacionales. No hablaré sobre la necesidad de nuevos indicadores que describan mejor el crecimiento y la riqueza que los de Producto Interior Bruto o Renta Nacional. Tampoco sobre la riqueza invisible del cuidado, ni de cómo el modo de definir y medir el trabajo afecta a las decisiones políticas de todo tipo. A fin de cuentas, cualquiera de los asistentes puede acceder a la página web Digital.CSIC sin más problema que teclearlo en internet. Allí aparecen las referencias de las muchas publicaciones en que me he ocupado de esos temas y pueden descargarlas libremente, sólo faltan aquellas de las que perdí los originales o no logré el permiso de los editores.

# 7. Sobre el poder en la ciencia; de la conquista del tiempo para sí al vasallaje de las citas

## 7.1. Las bases del poder en la ciencia

El diferencial de poder de distintos grupos sociales en relación con el desarrollo de la ciencia se manifiesta de muchos modos. Hay valores arraigados en sustratos culturales profundos que no se codifican formalmente pero continúan vigentes, incluso bajo orientaciones manifiestamente modernizadoras. Entre ellos, los valores que han vinculado a las mujeres con lo concreto como contrapuesto a lo abstracto, al sentimiento como opuesto a la razón, a la naturaleza como opuesta a las ideas, a la sensibilidad como opuesta a la experiencia y a la sumisión como opuesta al proyecto y al dominio. Siguen latentes, reforzados por múltiples mecanismos sociales que se resisten a la eliminación por decreto.

Frecuentemente, y en aras de implementar el valor de la universalidad, las instituciones científicas diseñan estrategias para evitarlo, pero su origen no está sólo en las instituciones, sino que es externo y actúa a través de ellas.

La manifestación más importante del poder es la capacidad de diversos grupos sociales para *lograr la exención respecto a otras obligaciones*, que redundan en la posibilidad de dedicarse íntegramente a las actividades

deseadas. En la ciencia, el cribado se produce antes y después de incorporarse al sistema de producción, no cesa en ningún momento y es el principal responsable de la famosa gráfica de tijera en la distribución según género de las categorías profesionales de los investigadores. La capacidad de las instituciones científicas para evitar las diferencias de poder en el conjunto de la estructura social y económica es muy limitada, lo que no obsta para que deban tratar de que estas diferencias no se reproduzcan e intensifiquen dentro de su ámbito de responsabilidad.

La segunda expresión de poder se produce en la *priorización de los temas relevantes* para el campo de investigación. ¿Para qué, para quién se investiga? Las instituciones son endogámicas, para acceder a ellas hay que pasar por largos entrenamientos que implican aprender y creer en lo aprendido, respetar genealogías ajenas. Como Kuhn señalara, si no se logra el acuerdo sobre prioridades se produce una ruptura paradigmática, con la consiguiente escisión de públicos y clientelas, o la dominación de un paradigma sobre otro. El conflicto puede mantenerse latente si el diferencial de poder es grande, pero genera desafección, desconfianza, y puede estallar o hacerse explícito si se produce alguna circunstancia favorable. La preocupación por el daño que la ausencia de un grupo social produce en la ciencia ha llevado a que la Unión Europea convierta la integración de género en uno de los objetivos clave de la European Research Area (ERA) (2015).

La tercera manifestación de poder surge en torno a la *aceptación o rechazo de nuevas metodologías*. Cuando el objeto de estudio es novedoso, tropieza con el problema de que los modos anteriores de trabajo no se ajustan bien al nuevo objeto. Si de lo que se trata es de estudiar el ámbito de las mujeres, es frecuente que no existan datos sistemáticos porque hasta ese momento no se consideró un campo de investigación diferenciado y relevante por sí mismo. Respecto a la metodología, al tratarse de un campo tan extenso y en rápido crecimiento, la necesidad de aproximaciones interdisciplinarias

y transversales es evidente; pero la interdisciplinariedad no encaja en la estructura segmentada de la investigación científica, y conlleva sus propias debilidades. Tanto la educación como la difusión y la investigación se producen a través de entidades especializadas, con escasa conexión entre unas y otras. Las dificultades para la investigación interdisciplinar se acrecientan con la super-especialización de los institutos o departamentos científicos y las revistas profesionales, la dispersión espacial y el sistema de acreditación de méritos por pares procedentes del mismo campo. Aunque teóricamente el sistema de producción científica reconozca sus ventajas, en la práctica resulta muy arriesgada la práctica de la interdisciplinariedad, especialmente para los jóvenes que aún no han afianzado su posición académica. Por ello, la mayoría de los/as investigadores en el campo de estudios de las mujeres han tenido que llevar adelante su carrera académica simultáneamente en dos campos; el de procedencia (sea Historia, Medicina, Economía o cualquier otra disciplina) y los estudios de género, con el consiguiente desgaste de energía e identidad que este dualismo conlleva. Junto a la interdisciplinariedad, otra dificultad metodológica a resolver es el estatuto científico otorgado a la introspección. Podría ser una riqueza al alcance de la mayoría de los investigadores en Humanidades y Ciencias Sociales, con frecuencia la única riqueza disponible porque el resto no existe o, aún peor, está deformado por la proyección de experiencias ajenas que lo desfiguran; pero es una riqueza frágil. La memoria de lo sucedido, de lo sentido, de lo proyectado o deseado, quizá no se haya recogido en documentos ni cifras, pero el sujeto que la ha experimentado puede recordarla y analizarla. Sin embargo, las corrientes filosóficas no coinciden en el grado de validez o reconocimiento que puede otorgarse a la introspección, no sólo para el conocimiento de sí mismo.

Un cuarto frente de problemas deriva de la *necesidad de acopio sistemático de datos*. La información es poder. Y el manejo de la falta de información, también. En 1975, Naciones Unidas (Conferencia de México) proclamó la necesidad de que las informaciones estadísticas se desagregasen por

sexo. En 1985 (Conferencia de Nairobi) definió 39 indicadores para medir la situación de las mujeres y su evolución, que en muchos países no puede realizarse por falta de datos (CEPAL, 2007). En 2015, la Asamblea General fijó los objetivos del desarrollo sostenible para 2030, y entre ellos marcó la igualdad de género, que conlleva cambios en los sistemas de recogida y análisis de la información social y económica. En España, la Ley de Igualdad (2007, art. 20) expresa la obligación de los poderes públicos de desagregar sistemáticamente la información por sexo y construir sistemas de indicadores eficaces. Sin embargo, aunque la desagregación sea un paso necesario, no es suficiente, puede no dirigirse a obtener información relevante para las mujeres.

Una buena ilustración es el enorme esfuerzo estadístico para producir la EPA (encuesta de población activa); aunque perfectamente desagregada por sexo, oscurece y hace más invisible el trabajo que no se considera destinado al mercado laboral, que es mayoritariamente desempeñado por mujeres. La creación de nuevos indicadores no es tarea sencilla. Los archivos y series previamente establecidos generan una fuerte inercia porque están sometidos a acuerdos internacionales y cualquier pequeño cambio altera las bases de partida de las estimaciones. Se requieren recursos y voluntad para implementar los cambios. Por ejemplo, según cuáles sean los datos o indicadores utilizados, los rankings de desarrollo de las regiones y países varían sensiblemente, algo que con frecuencia no están dispuestos a aceptar los gobernantes, especialmente si como resultado de los nuevos indicadores el país o región ha sufrido empeoramiento durante su mandato o si con las nuevas cifras se arriesga la obtención de créditos o ayudas. También generan resistencias si de los nuevos datos se deducen diferentes cargas o contribuciones de los grupos sociales, por ejemplo de las mujeres.

Otros aspectos en que se manifiestan las diferencias de poder son el acceso a *la financiación* de las investigaciones (cuantía, disponibilidad personal, continuidad) y *el liderazgo* para formación de equipos. Por tradición cul-

tural, las mujeres están presionadas para ofrecer un perfil no competitivo, y los hombres, para lo contrario. La exclusión del ámbito público y la subordinación al *paterfamilias* o al esposo en el ámbito familiar han dejado una huella en el diferente modo en que hombres y mujeres investigadores proyectan su nombre sobre su propia obra, una especie de autocensura que no desaparece por el mero dominio del conocimiento. Son muchas quienes piensan que su tarea en un equipo es más la de cooperar y ofrecer distensión que la de dirigir y destacar, y no digamos rechazar o aplicar sanciones. Sienten la presión social cuando ponen en juego capacidades competitivas en las que resulta alterado el *peaking order* anterior del equipo o de los investigadores del entorno.

## 7.2. El acceso a la información y el vasallaje de las citas

Las citas son un trasunto de las eponimias, de las marcas del territorio con el propio nombre; entre los investigadores varones es más frecuente su uso que entre las mujeres. Cada cita demuestra el dominio de un campo, pero también el reconocimiento intelectual de otro, una oferta implícita de alianza o rendimiento de vasallaje, como bien demostró Merton al hablar de los colegios o clubs intelectuales invisibles. La denostada escolástica medieval, en la que el argumento de autoridad primaba sobre la racionalidad del discurso, tiene reproducciones constantes en la producción científica contemporánea. No sucede sólo en España ni en las ciencias sociales. Max Planck decía que el reconocimiento de una teoría en un campo no tiene tanto que ver con el convencimiento de los investigadores en ese campo cuanto con el fallecimiento de quienes proponían teorías opuestas, y la llegada a la madurez o al poder intelectual de nuevas generaciones que habían crecido familiarizándose con las nuevas ideas o teorías emergentes<sup>2</sup>.

.....  
2. (Max Planck, *Scientific Autobiography and Other Papers*, trad. F. Gaynor (Nueva York, 1949), pp. 33-3).

Un artículo de Azoulay, P; Fons-Rosen, C; Zivin, J., titulado *Does science advance one funeral at a time?*, (NBER Working Paper 21788, 2015) constata que las vinculaciones entre producción científica e ideología no son exclusivas de las Ciencias Sociales. Con bastante humor, los autores concluyen que en el campo de la Biología y Ciencias de la Vida, cuando fallece un investigador muy destacado, en los meses siguientes aumentan las publicaciones de quienes hasta entonces se habían mantenido alejados de ese campo.

La reputación de las revistas científicas viene dada cada vez más por sus índices de impacto, lo que Emilio Muñoz llama la *impactología*<sup>3</sup> (Muñoz, 2008), y estos a su vez se miden por el sistema de citas. Uno de los efectos de este sistema es que las revistas pueden filtrar, pero no proponer temas o autores. Los temas de mayor interés social no tienen por qué coincidir con los más ‘rentables’ en términos de publicaciones en revistas consideradas de impacto.

Estos son problemas generales porque derivan principalmente de la distribución desigual de los recursos y el poder, tanto históricamente como en la actualidad, pero afectan de modo particular a las mujeres a pesar de que tanto los autores como los evaluadores están protegidos teóricamente por el anonimato. Son el trasunto a nivel editorial de los ya señalados con carácter general para el desarrollo de la ciencia. Les afectan de varios modos, que pueden resumirse en cuatro: el primero y más general es la escasez de tiempo para sí, una vez que el sistema productivo adscribe a las mujeres la mayor parte del trabajo no remunerado del cuidado, expropiándolas del recurso de tiempo imprescindible para cualquier otra actividad. La escritura de un artículo no sólo consume gran cantidad de tiempo para prepararlo, sino para difundirlo posteriormente (envío a posibles editores, correcciones post-evaluación, incorporación a internet y otros sistemas de circulación en

.....  
3. Muñoz, E. “Dinámica y dimensiones de la ética en la investigación científica y técnica”. *Revista Arbor*, CLXXXIV 730 marzo-abril, pp. 197-206, 2008

abierto, envío a lectores relevantes, mantenimiento de archivos de publicaciones, etc.). Todas las encuestas coinciden en el sentimiento de pobreza de tiempo de las mujeres, pero *sólo quien tiene tiempo para sí, concentrado, previsible y abundante, puede escribir y seguir el rastro a lo publicado.*

El segundo es la *preferencia de las líneas editoriales por temas o enfoques que tradicionalmente han atraído más a los varones* que a las mujeres, lo que con frecuencia se traduce en la desvalorización de los nuevos temas. La relevancia de un tema no se decide solo por criterios científicos sino valorativos, aunque por eso mismo puede fluctuar y producir vuelcos puntuales inesperados.

El tercero es la *dificultad de disponer de información en los temas novedosos y poco estudiados en los que pudieran ser pioneros los intereses intelectuales de las mujeres*; por definición, ni hay grandes proyectos de investigación previos que señalen el camino sin riesgo, ni, menos aún, existen estadísticas o estudios empíricos que permitan una métrica sofisticada del tipo preferido por los experimentalistas. Y en cuarto lugar, el sistema de citas que se utiliza para el cómputo del impacto de la obra publicada. Así como el anonimato de autor y evaluador contribuyen a evitar el sesgo de género, *la selección de citas imprescindibles o convenientes por los propios investigadores es una forma de ‘name-dropping’* que cae de lleno en las relaciones de poder, reconocimiento, establecimiento de redes, alianzas y olvidos más o menos premeditados, en las que el género es relevante.

# 8. Despedida.

## Un silencioso clamor para la renovación de la ciencia

Como pueden ver, queridos amigos y compañeros, aquella conquista del acceso a la educación por la que Concepción Arenal se arriesgó al rechazo y el escándalo sólo fue el primer peldaño de una larga escalera hacia la integración plena en el sistema de ciencia y conocimiento en que casi todo está todavía por hacer. El avance se produce en cada especialidad o campo científico, pero también transversalmente y en el plano organizativo. Los obstáculos son muchos, tienen orígenes diversos, se manifiestan con diferentes grados de opacidad y las entidades académicas no siempre pueden atajar sus causas. Requiere del esfuerzo de todos; de ellas y de ellos, de los individuos y de las instituciones. Será laborioso y no tan rápido como muchos y muchas deseáramos. Pero no es un sueño descabellado sino un sueño lúcido, un proyecto necesario.

Llega el momento de terminar y dar las gracias de nuevo. No sé si les he ofrecido una *lectio*, un *discurso* o ninguna de las dos cosas, pero he disfrutado enormemente compartiéndolo con ustedes.

Al Rector de esta Universidad de La Rioja, en representación de todos los que la componen, vuelvo a decirle: “Tarea me dais, Rector”. Tarea que compartiremos, porque el proceso de renovación de la ciencia es una puerta recién abierta que otras y otros traspasarán.

# Publicaciones de la autora que se han mencionado o tienen una relación directa con este texto:

## Libros

*La riqueza invisible del cuidado*. Valencia, Universidad de Valencia, 2018.

“La imposible neutralidad de la ciencia”, en VV. AA., *Conferències de segle a segle de la Universitat Popular de València (1903-2016)*. Valencia, Universidad Popular de Valencia, 2017, pp. 33-93.

*El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao, Fundación BBVA, 2012.

*Metodología de la investigación sobre uso del tiempo*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2009. (En colaboración con Jesús Rogero)

*El valor del tiempo*. Madrid, Espasa, 2007.

*Si Aristóteles levantara la cabeza*. Quince ensayos sobre las Ciencias y las Letras. Madrid, Cátedra, 2000.

*Mujeres y hombres en la formación de la Teoría Sociológica* (ed.). Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996.

*Mujeres y hombres: la formación del pensamiento igualitario* (edición, selección y comentario de textos). Barcelona, Castalia, 1993.

*De puertas adentro* (dir.). Madrid, Ministerio de Cultura, 1988.

*Liberación y utopía: la mujer ante la ciencia* (ed.). Madrid, Akal, 1982.

## Artículos

“Las cuentas del cuidado”. *Revista española de control externo*, vol. 20, n. 58, 2018, pp. 57-89.

“Las relaciones entre economía y feminismo”, en VV. AA., *Respuestas feministas a crisis democráticas*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2018, s. p.

“La renovación de los símbolos: el uso actual y futuro del Gaudeamus Igitur”. Conferencia pronunciada en La Madraza, Centro de Cultura Contemporánea. Granada, Universidad de Granada, 24 de abril de 2018.

“La otra economía española”, en Torres, C. (ed.), España 2015. *La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2015, pp. 472-486.

“El nuevo rostro de las familias españolas”. *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, vol. 14 (2), 2014, pp. 282-293.

“La rebelión de las familias”. *Mediterráneo Económico*, vol. 26, 2014, pp. 45-58.

“The contribution of unpaid work to global well-being”, en Glatzer, W., Camfield, L., Møller, V. y Rojas, M. (eds.), *Global Handbook of Quality of Life*. Berlín, Springer, 2015, pp. 381-411.

“El desafío económico de las mujeres”, en Díaz, C. y Dema. S. (eds.), *Sociología y Género*. Madrid, Tecnos, 2013, pp. 183-199.

“Las mujeres y el futuro de la ciencia”. *Mètode: Revista de difusió de la investigació*, vol. 76, 2012, s. p.

“Ten Good Reasons for Measuring Unremunerated Work in Health Care”, en VV. AA., *The Invisible Economy and Gender Inequalities. The Importance of Measuring and Valuing Unpaid Work*. Washington, Pan American Health Organization (PAHO), 2010, pp. 135-136.

“España hace treinta años, dentro de treinta años: Conferencia inaugural del X Congreso Español de Sociología”. *RES. Revista Española de Sociología*, n. 15, 2011, pp. 127-134.

“El estímulo de la duda”. *EMPIRIA*, vol. 15, 2008, pp. 125-143.

“Los tiempos inciertos: el sueño, la memoria, la renovación y la muerte”, en Roche, J. A. (ed.), *Espacios y tiempos inciertos de la cultura*. Madrid, Anthropos, 2007, pp. 120-132.

“De Fra Angélico a Francis Bacon: las Claves Sociológicas de la Anunciación”, en VV. AA., *Reflexiones Sociológicas. Libro homenaje a José Castillo Castillo*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2004, pp. 921-956.

“El programa epistémico del arte”, en Radl, R. (ed.), *Cuestiones Actuales de Sociología del Género*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2001, pp. 43-82.

“Crear, descreer, crear”, en Beneyto, J. (ed.), *La sociedad española a debate*. Madrid, Tecnos, 1990, pp. 35-53.

“Una ausencia de mil años”, en Durán, M. A. (coord.), *La mujer en el mundo contemporáneo*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1981, pp. 53-67.

